

JANIS Y LOS JAGUARES DEL MANGLAR



Víctor H. Luja y María G. Zamudio
Ilustrado por: Mitzi Martínez



JAGUARES SIN
PROTECCIÓN



ALI
CHUMACERO

Editorial
UAN

JANIS Y LOS JAGUARES DEL MANGLAR

Víctor H. Luja y María G. Zamudio
Ilustrado por: Mitzi Martínez



**JAGUARES SIN
PROTECCIÓN**



ALI
CHUMACERO

Editorial
UAN

Janis y los jaguares del manglar

Textos de Víctor H. Lujá y María G. Zamudio.
Ilustraciones de Mitzi Marínez.

Primera edición, noviembre 2019.

D.R. © 2019. Universidad Autónoma de Nayarit
Cd. de la Cultura "Amado Nervo" SN, Col. Centro,
Tepic, Nayarit, CP. 63000. Edificio Complex 3.11.
Tel: 311 2118800 ext 8718.
www.uan.edu.mx

Queda prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio o procedimiento, sin la previa
autorización por escrito de los editores.

ISBN: 978-607-8482-39-9

Impreso y hecho en México.
Printed and made in Mexico.

DEDICATORIA:

A Ignacio "Nacho" Vallarta, el gran guardián de La Papalota, de Janis y de los jaguares del manglar; a sus hermanos Lucas y Jorge Vallarta, por permitir que La Papalota siga siendo el hogar de estos hermosos animales, que siga así por siempre; a todas las personas que habitan los manglares y marismas de Nayarit ¡sigan coexistiendo pacíficamente con el jaguar! Agradecimiento especial a Beto Ponce "Precioso" y a su esposa Andrea de Boca del Asadero, a Roberto Virgen de Los Corchos y Fernando Ayala "El Armadillo" de Villa Juárez quienes han sido verdaderos guardianes de la biodiversidad. Muchas gracias por su pasión, amor y compromiso desinteresado.

AGRADECIMIENTOS:

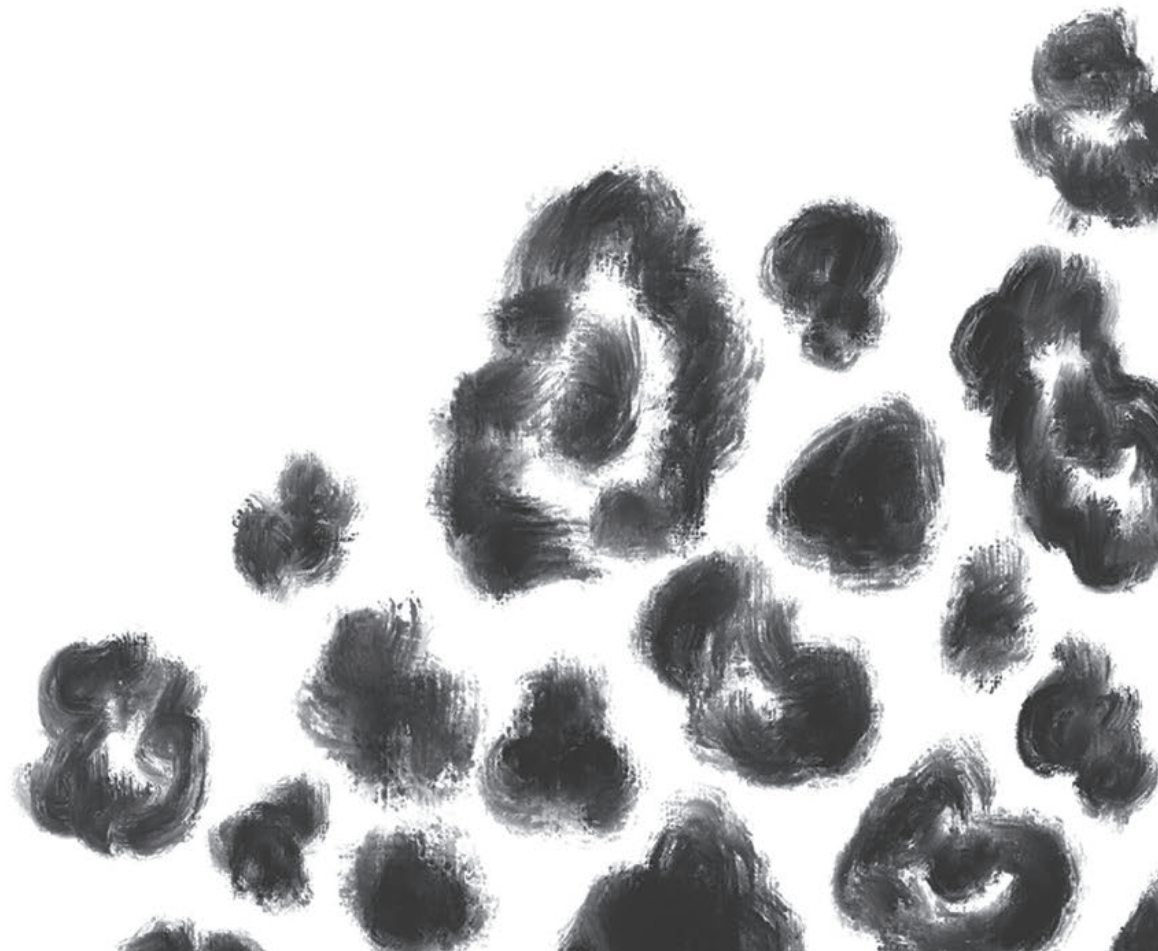
A todas las personas, estudiantes, voluntarios e instituciones (Pronatura Noroeste A. C., Naturalia A. C., Primero Conservation. org, Alianza Nacional Para la Conservación del Jaguar), que de una u otra manera han colaborado con este trabajo.

Proyecto realizado con recursos provenientes del recurso Especial destinado a la UAN 2019.



ESTE CUENTO NO TRANSCURRE NI EN LUGAR MUY
LEJANO NI HACE MUCHO TIEMPO...

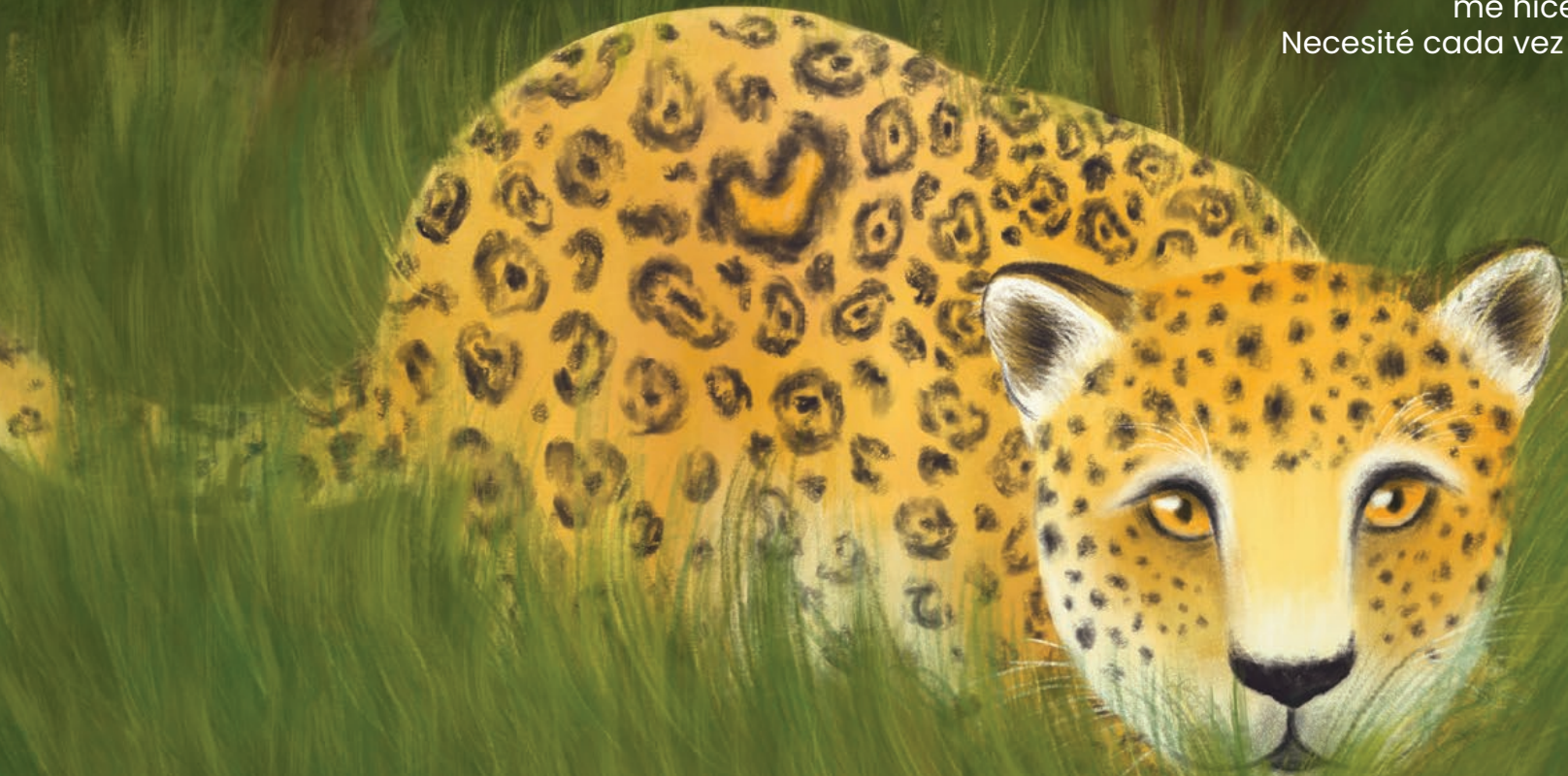
ESTE CUENTO SE CUENTA AQUÍ, EN ESTA TIERRA Y
AHORA MISMO...





Soy un jaguar.
Soy una hembra
jaguar. Me llamo Janis.
Hace seis años vivía con mi madre,
una hembra jaguar como yo.
Vivíamos en un lugar con selva, con monte y mucha agua,
en donde había también otros muchos animales.
Ella me enseñó, con regaños y mucho amor,
todo lo que tenía que saber para sobrevivir.

Aprendí también a esconderme de los peligros,
a acechar a mis presas para poder comer
y los sitios seguros donde descansar.
A su lado fui creciendo poco a poco,
me volví fuerte,
me volví grande,
empecé a cazar yo solita;
me hice más independiente.
Necesité cada vez menos de mi mamá.





Cierta vez, mientras caminábamos,
nos encontramos frente a frente con otro animal,
era igual que nosotras pero mucho más grande.
-Es un jaguar macho ¡corre, escóndete!-, me gritaba mientras,
con un ágil salto, se interponía entre él y yo.
Ambos gruñían ferozmente.
Me dio miedo y corrí dejando atrás a mi mamá para siempre.

Pasaron varias noches en las que, casi sin descanso, caminé y caminé apenas dormitando durante el día. Algunos olores conocidos llegaban a mi nariz, olores de algunos animales que me gustaba comer y a los que, de vez en cuando, encontraba en mi camino. Tejones, mapaches, armadillos. ¡Todos ellos me gustan mucho!



Ahora que soy mayor, algunas veces también como cangrejos, tortugas y aves, cuando se puede. Mami me enseñó que todos los seres que vivimos en el mundo somos importantes y que yo, aunque tenga que comerme algunos para poder vivir, debo respetarlos a todos para que la tierra siga funcionando.



Una tarde, al despertar de mi siesta, salí a caminar cuando, de repente, sentí mucho calor, mucho más que otros días. Conforme caminaba, la selva empezó a verse (y sentirse) diferente. Ya casi no reconocía lo que veía. Había menos árboles, menos animales, menos agua, una selva muy seca y de pronto ¡nada! No había un solo árbol. El sol me dio de lleno en los ojos. Me lastimaba. Cuando finalmente pude ver había únicamente un gran claro sin un árbol cerca. Solo estaban unos animales extraños, muchos de ellos. Unos grandes, otros pequeños, hacían ¡muuuuuu! ¡muuuuuu!



¿Qué era eso?

-*Ojalá estuviera aquí mi mamá para que pudiera explicarme-* pensé.

Ella lo sabía casi todo. Seguí observando.

Eran muchos animales haciendo ¡muuuuuu!

También había otros animales.

Unos grandes, muy altos pero menos gordos, no hacían ¡muuuuuu!, tampoco tenían cuernos. A ellos los montaban otros extraños seres.

Tiempo después supe lo que eran: humanos.



Me quedé ahí, sentada al borde de mi selva.
Veía todo aquello y hasta creo que me quedé dormida un momento, cuando de repente: ¡pum! ¡pum! ¡pum!
Tres sonidos muy fuertes sonaron. Me levanté de un salto, pero me dio tanto miedo que volví a ocultarme.
¡Pum! ¡pum! ¡pum!, otros tres.
Esta vez sentí el suelo vibrar, se rompieron unas ramas cerca de mí y corrí.
Mis patas sintieron que nunca habían corrido tan rápido en toda su vida.

Seguí y seguí, corrí mucho a pesar de estar terriblemente cansada. Atravesé selva, marisma y pastizal hasta que me detuve de sopetón, generando con esto una gran nube de polvo. Cuando por fin se disipó, había ¡otro lugar feo sin árboles! ¡eso era terrible!



Un viejo coyote solitario que estaba cerca me dijo:
-Esto es lo que hace el humano, tumba nuestro monte para meter cada vez más y más de estos animales que no hacen nunca nada, solo ¡muuuuuu! ¡muuuuuu!
Todo el tiempo, todo el tiempo.-

Caminé durante una noche entera. Al amanecer llegué a la base de un gran árbol en donde me quedé a descansar. Ya avanzado el día, cuando no hacía mucho calor, me aventuré hacia un manglar. Fresco, muy fresco. Pensé que había una gran diferencia con los lugares en donde ya no hay árboles, en esos sitios hace un calor insoportable. Fue ahí cuando recordé lo que me dijo mi mamá acerca de la importancia de todos los seres. Supe entonces que los árboles eran importantes porque ayudan a que en la tierra no haga tanto calor.



Seguí mi camino pues este bonito lugar era muy
pequeñito y, de vez en vez, los extraños animales que
hacían ¡muuuuuu! se metían a merodear por mi manglar
y tras de ellos los humanos de quienes me escondía;
ellos sí que me daban miedo.

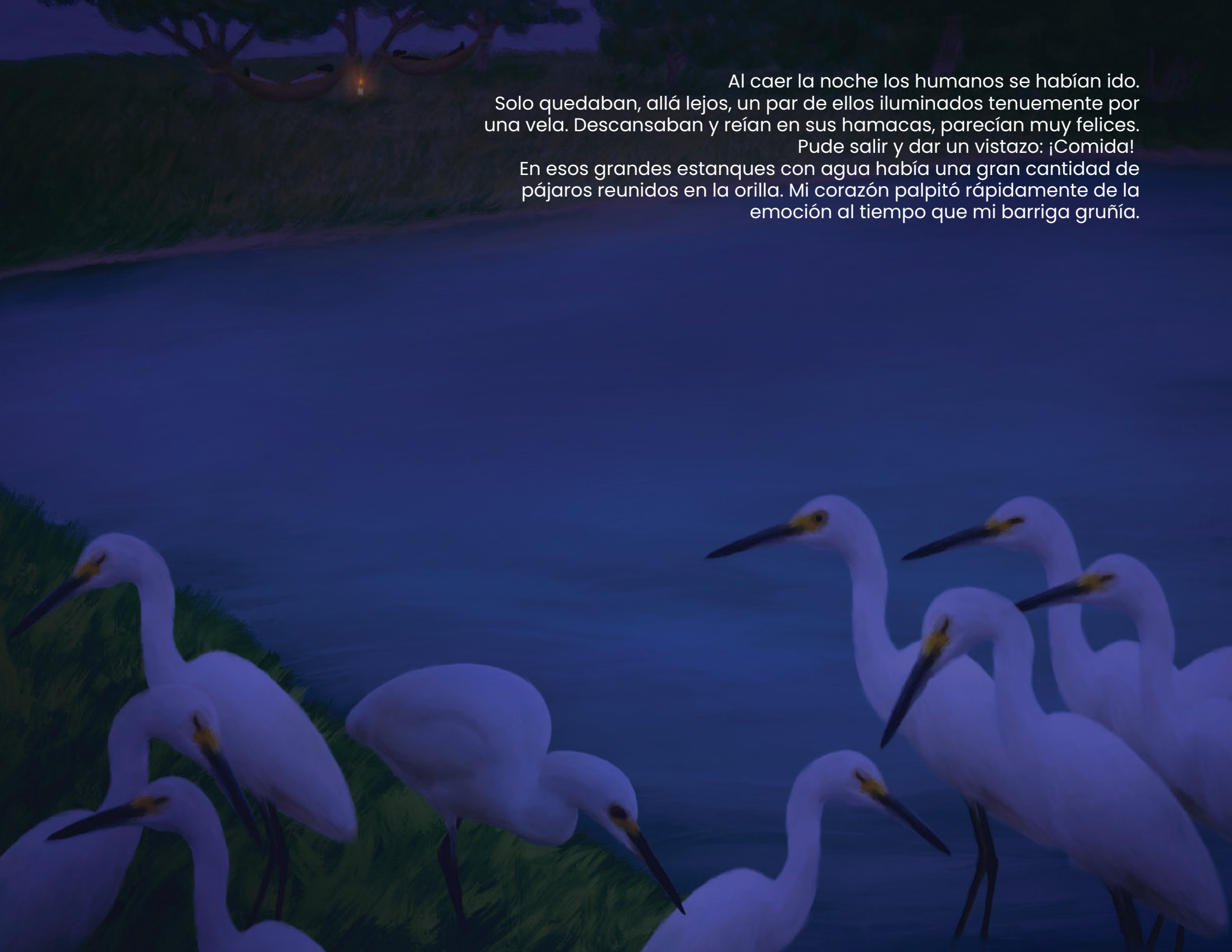


Al amanecer aceleré el paso para llegar a otro pedacito de manglar que estaba próximo antes de que llegara el peligro, antes de que llegaran los humanos.

Crucé un campo feo, sin árboles.

Salí de pronto a otro lugar, uno donde había unos estanques de agua, muy grandes. Estaban separados por pequeños caminos y, de vez en cuando, los humanos lanzaban al agua una red con la que sacaban muchos animalitos pequeños que vivían en los estanques. Todo el día hubo gran ajeteo por la zona.





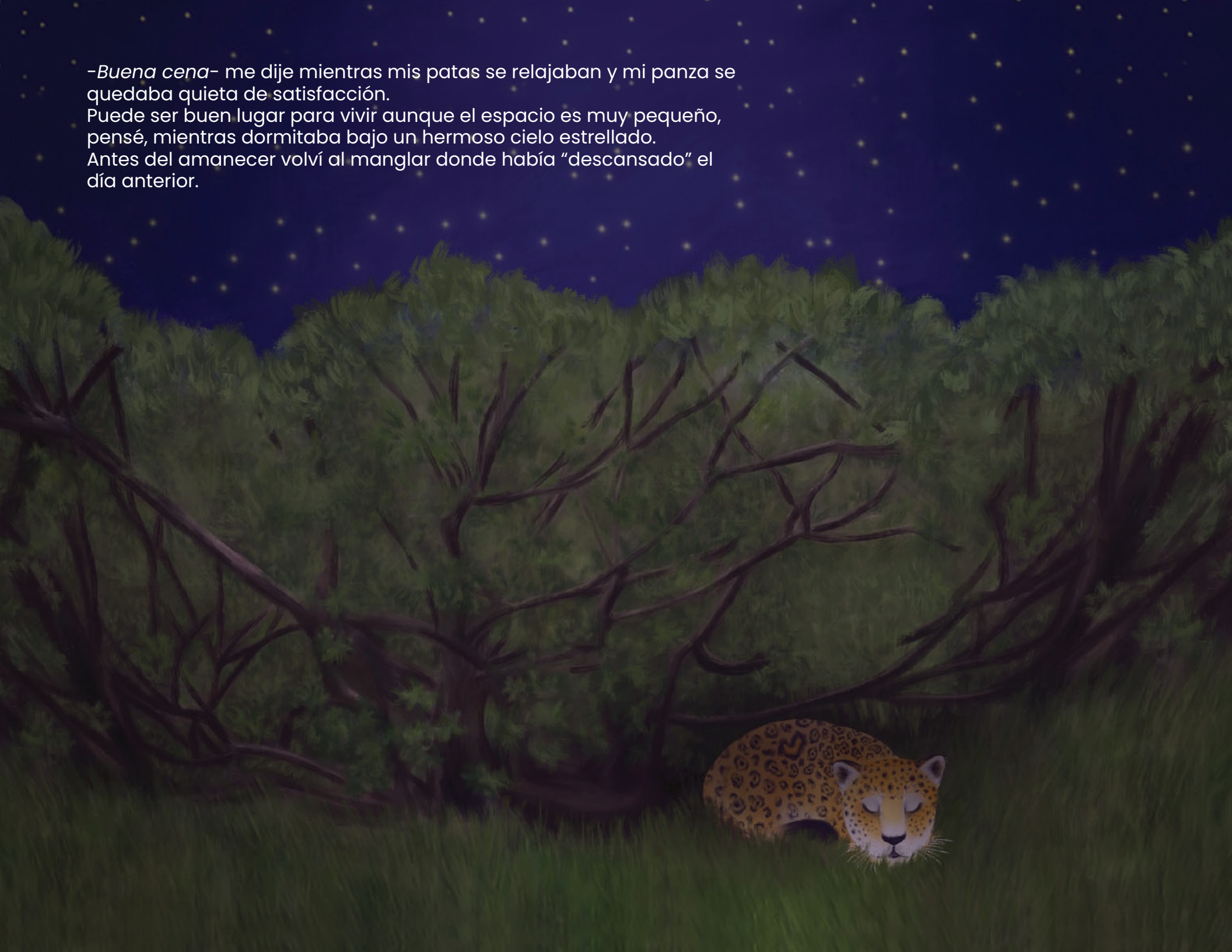
Al caer la noche los humanos se habían ido.
Solo quedaban, allá lejos, un par de ellos iluminados tenuemente por
una vela. Descansaban y reían en sus hamacas, parecían muy felices.

Pude salir y dar un vistazo: ¡Comida!
En esos grandes estanques con agua había una gran cantidad de
pájaros reunidos en la orilla. Mi corazón palpitó rápidamente de la
emoción al tiempo que mi barriga gruñía.

Con mucho cuidado pude llegar a ellos mientras dormían.
¡Zaz! De un salto llegué a un ave a la cual acabé rápidamente y sin
dolor, como aprendí de pequeña. La estrategia era:
un golpe con mis garras y una mordida en la cabeza.
Eso también lo había aprendido de mami.




-Buena cena- me dije mientras mis patas se relajaban y mi panza se quedaba quieta de satisfacción.
Puede ser buen lugar para vivir aunque el espacio es muy pequeño,
pensé, mientras dormitaba bajo un hermoso cielo estrellado.
Antes del amanecer volví al manglar donde había “descansado” el día anterior.



El movimiento se reanudó por la mañana y, de nuevo, duró todo el día. Mucho ruido. ¡Muuuuuu! ¡muuuuuu! También estos andaban por ahí. De pronto, los humanos llegaron al lugar donde estaban los restos de mi banquete de la noche anterior. Hablaban, se inclinaban en el suelo, señalaban algo (creo que eran mis huellas) y se rascaban la cabeza, parecían confundidos y preocupados. Yo mejor me quedé escondida, esperaba a que acabara el día.



A detailed illustration of a leopard with a yellowish-brown coat and dark spots, sitting on a grassy field at night. The leopard is looking directly at the viewer with a calm expression. The background is dark green, suggesting a forest or jungle at night. The ground is covered in brown grass with several small, dark holes or burrows visible.

Al atardecer pude dormir un poco, ya que el ruido había disminuido considerablemente, solo quedaban los ¡muuuuuu!, y algunas máquinas lejanas. Era una noche fresca y muy oscura. Decidí salir a cazar aves nuevamente. Caminé con sigilo. Al acercarme lo suficiente, ya estaba lista para saltar, cuando de pronto ¡Pum! ¡pum! ¡pum! ¡pum! ¡pum!

Durante un breve instante me quedé paralizada, el pánico se apoderó nuevamente de mí y salí corriendo. No supe bien para dónde, pero corrí. ¡Pum! ¡pum! ¡pum! Otra vez, mientras la tierra a mi alrededor saltaba. No me detuve, corrí y corrí cruzando campos y matorrales. Veía poco y corría mucho, sentía de vez en cuando cómo algunas ramas lastimaban mi piel pero eso no importaba en ese momento, debía seguir huyendo.






No me di cuenta que había salido de la selva llegando a un lugar en donde el suelo era muy extraño. Era duro, rugoso, frío, sin plantas, sin tierra suave. Algo completamente desconocido. Estaba inspeccionándolo cuando noté que algo se acercaba muy rápido hacia mí, algo con dos ojos muy luminosos, como lumbre y que hacía mucho ruido. Apenas pude saltar a un lado antes de que esa "cosa" pasara a toda velocidad. -Si me quedo ahí me mata- Suspiré aliviada.

Entre tanto sobresalto seguí mi camino. Me interné en la selva queriendo dejar atrás todo eso que me había sucedido. Caminé y caminé durante toda la noche y fui tranquilizándome poco a poco. Las aves cantaban anunciando la llegada del sol y yo, muerta de sueño, me tumbé en un montículo de fresca hojarasca al interior de un bosque de manglar.



Luego de muchas, muchas horas de un sueño reparador, desperté. Era de día. Me di un largo y sabroso estirón, de esos que solo los gatos podemos, y me dispuse a explorar el sitio en donde había llegado.



A painting depicting a natural scene. On the left, a large, dark tree with thick, gnarled branches stands on a grassy bank. A leopard with a golden-brown coat and dark spots is lying on the grass, looking towards the viewer. In the foreground, three white egrets with long necks and black beaks are standing on the grass. The background features a calm body of water reflecting the sky, with more greenery and trees visible in the distance. The overall style is soft and painterly.

Parecía tranquilo, con muchos sonidos familiares para mí:
las gritonas chachalacas me saludaban, los pájaros
carpinteros apenas y se daban cuenta de lo que pasaba
alrededor porque nunca paraban de trabajar, las garzas nerviosas
me obserbavan, y una gran lista de animales silvestres.
*-Lo mejor de todo- dije en voz alta -es que no hay molestos
¡muuuuuu!, ni humanos, ni los estanques enormes con
agua bloqueando el camino.*

Mi panza dolía, me rechinaban las tripas. Hacía días que no probaba alimento por lo que decidí salir a buscar algo que poder cazar. Caminé por manglares espectaculares cuando, de pronto, vi algunas pequeñas aves metiendo sus picos en el lodo. Con todo sigilo me acerqué, pero como suelen ser muy listas, emprendieron el vuelo tan pronto una me vio y dio la voz de alarma. -Cazar durante el día es difícil- pensé -me quedaré con hambre.






Al caer la noche el ruido de los pájaros fue reemplazado por el de los insectos. Seguí por otro camino de manglar cuando vi a uno de los animales que más me gusta comer: ¡un armadillo! Quien estaba concentrado masticando unas raíces en el suelo. Me acerqué con cuidado y pude atraparlo. Ese pequeño se convirtió en mi cena, le agradecí en silencio y continué mi camino.

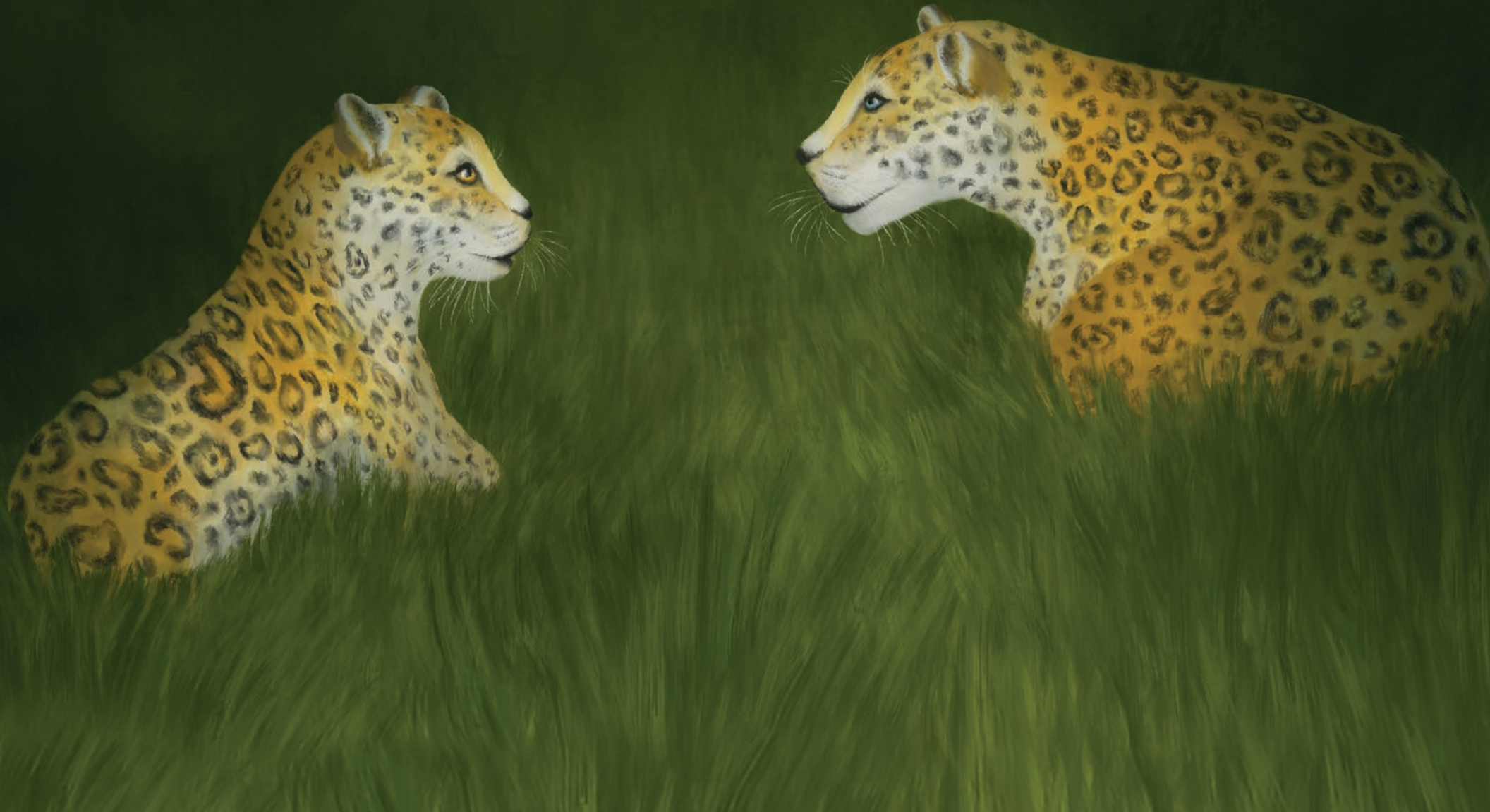


Por varias semanas, incluso meses, ese fue mi hogar.
Me sentía segura, había mucha comida y tenía agua fresca para beber.
Además descubrí en una de mis andanzas que ese lugar tenía mar.
Estaba a la orilla del mar. Lo tenía todo, era la jaguar más feliz del mundo.

A detailed illustration of a leopard with yellow and black spotted fur climbing a large, gnarled tree trunk. The leopard is positioned in the lower right quadrant, looking towards the left. The background is a dark blue night sky filled with numerous small, white stars. The tree's branches are dark and textured, extending across the upper and right portions of the frame.

Una noche mientras exploraba un sonido hizo vibrar todo mi cuerpo. Mis bigotes, mi nariz, mis orejas, mis ojos, todos mis sentidos se pusieron alerta. Todos los animales del manglar se quedaron en el más absoluto silencio. Caminé durante horas, explorando cada rincón del manglar para averiguar de dónde provenía ese sonido, ese ¡¡¡¡GRRRRR!!!, ¡¡¡GRRRRR!!! Esa noche no logré encontrar la fuente del ruido (ni él a mí).

Ya con la luz del sol decidí echar un vistazo en algunas partes más abiertas. No había ese sonido pero si había por doquier un olor conocido, un olor a jaguar, a jaguar como yo. Los pastos se movían extrañamente cuando de pronto, apareció una gran cabeza redonda, enorme, manchada, era otro jaguar.



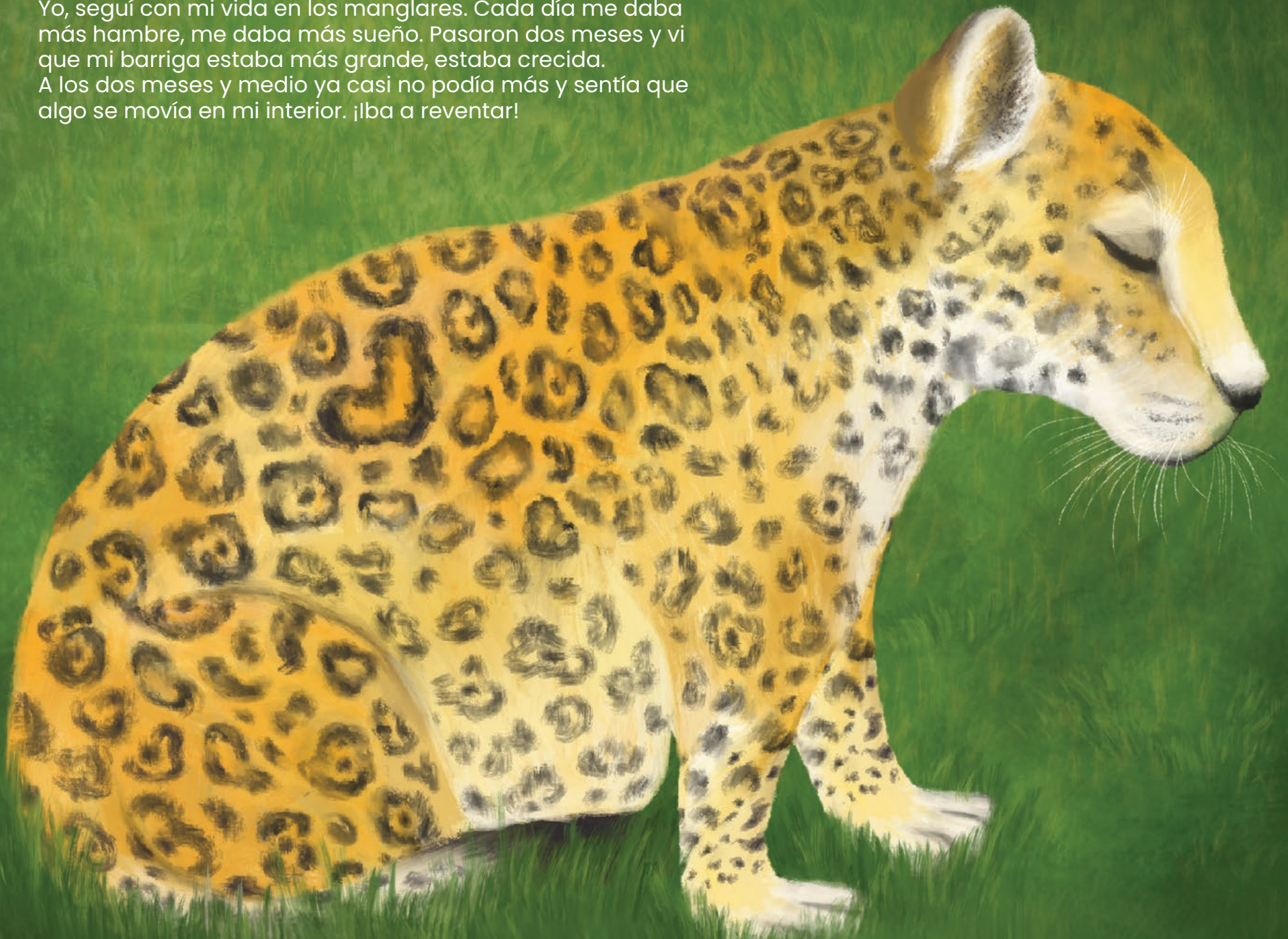


Se trataba de un jaguar macho, grande, era muy bonito para ser sincera. Recordé que hace años uno parecido me hizo huir de mi madre, pero ahora era diferente pues me había convertido en adulta. Ese macho no me daba miedo, me gustaba, así que nos presentamos cordialmente y durante días recorrimos ese lugar hermoso jugando, persiguiéndonos, cazando. Nos sentíamos muy felices. Quería que ese sentimiento perdurara eternamente Y por fin, en una mañana hermosa y tranquila, nos apareamos.

Después de esos días en los que estuvimos juntos,
mi compañero emprendió nuevamente su camino.
No volví a ver a ese gran jaguar.

Yo, seguí con mi vida en los manglares. Cada día me daba
más hambre, me daba más sueño. Pasaron dos meses y vi
que mi barriga estaba más grande, estaba crecida.

A los dos meses y medio ya casi no podía más y sentía que
algo se movía en mi interior. ¡lba a reventar!



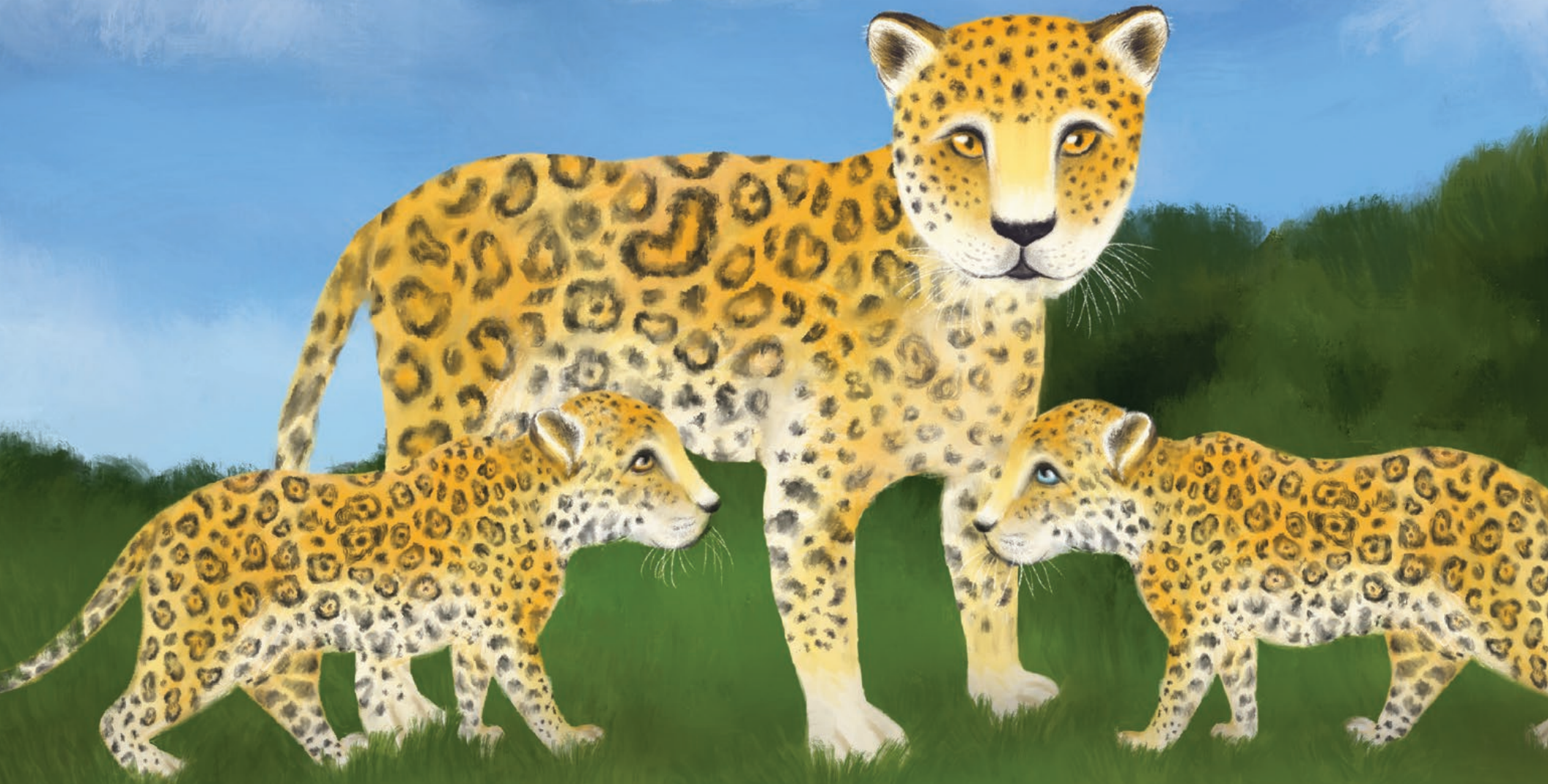
Tres meses pasaron y, finalmente, ¡Nacieron los cachorros!
¡Mis cachorros!
Eran dos hermosas bolas de pelo, muy torpes, tenían los ojos cerrados y apenas hacían ruiditos. Un macho y una hembra; Beto y Emi, los nombré.
Cuando los vi por primera vez supe que era lo más hermoso que había visto en mi vida.
Los amaba inmensamente.



Durante las primeras semanas no sabía bien qué hacer con ellos, eran tan frágiles. Mi instinto me dictaba las instrucciones: *límpialos, aliméntalos, duérmelos, sal a cazar, ¡regresa pronto!, límpialos, aliméntalos, duérmelos...* y así día tras día, día tras día.



Pasaron las semanas y los cachorros se ponían cada vez más grandes. Eran muy juguetones y bastante molestos, a veces. Casi no me dejaban dormir. Luego de tres semanas abrieron los ojos, por primera vez veían el mundo y su emoción era muy grande. Tres meses más tarde empezaron a explorar conmigo el manglar, la playa, el río.
-*Este es su manglar*-, les dije cierta tarde de verano. Ellos sonrieron y saltaron de emoción al escuchar mis palabras.



En cada exploración les enseñaba cosas: como caminar con cautela sin hacer ruido, cuáles eran las zonas seguras, cuáles las peligrosas. Una vez, después de pensarlo mucho tiempo, los llevé hasta donde la selva se pone fea, los llevé a ver los ¡muuuuuu!, y a los humanos. -Aquí no deben estar. Aléjense siempre de estos animales. Es muy peligroso- Les advertí.



La mañana nos sorprendió mientras regresábamos a la seguridad de nuestro manglar. Caminábamos por el borde del río cuando, de pronto, vimos a dos humanos montados en algo parecido a un tronco que flotaba en el agua. Como estaban lejos nos quedamos quietos, observándolos. Ellos también parecían sorprendidos. *-No todos los humanos son peligrosos, algunos solo pasan flotando en el río y nos observan. Parece que también nos temen-* Les platicaba mientras ellos se alejaban sin apartar la vista de nosotros.





En otra ocasión los llevé lejos, al fondo del manglar, allá donde las aves no se callan, allá en el gritadero. Llegamos a la orilla del río y les conté que de vez en cuando el agua bajaba de nivel y era posible pasar al otro lado.

-¿Pasar al otro lado? ¿para qué?- Preguntó Emi.

-Vengan, vengan y verán- Les animé.

-¡Sígueme!-

Y con las estrellas en el cielo me eché al agua. Debo decir que, sin presumir demasiado, los jaguares somos expertos nadadores.





-¡Vengan! ¡está rica el agua y hay muy poca corriente!- Grité.
La primera en seguirme fue la valiente Emi.
Rauda y veloz puso en práctica su instinto de nadadora.
Después de mucho dudar y sin otra alternativa, finalmente
Beto se echó al agua dándonos alcance.

Ya del otro lado, guíé a los cachorros entre senderos estrechos, mangleras grandes y lodosas, marismas y playas.

-Los traje a conocer aquí porque algunas veces los humanos llegan a nuestro manglar y aunque no nos hacen daño, suelen hacer mucho escándalo. También llegan otros jaguares que son muy solitarios y no les gusta la compañía. Así es que más vale conocer este lado del río, para cuando tengan que buscar otro espacio-.



Luego de pasar algunos días explorando el otro lado del río cruzamos de nuevo hacia nuestro manglar. Un gran cocodrilo, de tal vez unos 50 años, nos vigilaba mientras flotaba plácidamente en las aguas mansas del río.
-¡Eh, gatos! ¡Nunca serán tan buenos nadadores como yo!- Refunfuñó el viejo mientras se sumergía sin hacer el menor ruido.



Ya de regreso en nuestro manglar caminábamos por una vereda cuando, al salir a un claro, detecté a lo lejos un objeto extraño, grande y brillante con humanos dentro. Lo había visto muchas veces antes escondida entre la vegetación, pero creo que era la primera vez que ellos me veían a mi. Por algunos instantes ni ellos, ni nosotros nos movimos. Luego decidí que era suficiente y me interné en el manglar con Emi y Beto siguiéndome de cerca. Nunca supe cuáles habrán sido sus intenciones. Lo que sí me quedó claro es que no nos hicieron daño.



Los cachorros pronto cumplieron un año y medio de edad. Ambos eran ya expertos cazadores, expertos nadadores, expertos exploradores. Tanto Beto como Emi se perdían, a veces, durante días, hasta que nuestros encuentros eran solo casuales.



La última vez que nos vimos Beto me dijo:
-Mamá, tengo que irme. Hay otro jaguar macho,
muy grande, con el cual he tenido problemas.
Hemos peleado y no lo quiero hacer otra vez;
es muy grande, muy fuerte. Tengo que
encontrar mi territorio, lejos de aquí.
Yo, muy triste me despedí de
Beto, sabiendo que eso es lo que
hacemos los jaguares.
-Adiós mi cachorro-;
-Adiós mamá-.



A Emi la vi algunas veces más. Había salido de su manglar a conocer otras tierras y se había llevado algunos sustos como los que me llevé yo. Un día, y ese fue la última ocasión que nos encontramos, Emi tenía ya una gran barriga.
-¡Tendrás tus cachorros hija! Has aprendido bien, has sobrevivido.
Serás una gran madre, una gran maestra-



Y es así como la gran Janis termina su relato. Gracias a ella y a otras hembras jaguar que saben cómo sobrevivir a los humanos y a los peligros que ellos representan, estos majestuosos animales aún deambulan por manglares, selvas y demás montes, perpetuando así su legado.

*-Ojalá que los humanos nos dejen en paz,
que no corten la selva,
que no nos maten más,
que no corten el manglar,
para que podamos seguir aquí por mucho tiempo,
porque somos los jaguares,
los jaguares del manglar-.*



INFORMACIÓN IMPORTANTE SOBRE JAGUARES

El jaguar (*Panthera onca*) es el tercer felino más grande del mundo, únicamente detrás del león (*Panthera leo*) y del tigre (*Panthera tigris*). Es el mayor felino del continente Americano. Se distribuye desde el sur de los Estados Unidos hasta el norte de Argentina. En México habita, por el lado del Pacífico, desde Sonora hasta Chiapas y la Península de Yucatán y, por el lado del Golfo, desde Tamaulipas hasta Tabasco.

Fue venerado por las antiguas civilizaciones Mesoamericanas por su fuerza y su belleza. Los gobernantes de alto rango vestían pieles de jaguar y los guerreros más valientes y temibles eran llamados, precisamente, guerreros jaguar.

Lamentablemente, el jaguar está casi amenazado en toda su área de distribución, aunque en algunos países (entre ellos México) se le considera como especie en peligro de extinción. ¿Las causas? La deforestación y pérdida de su hábitat: se estima que en el 60% de los lugares en donde históricamente había jaguares, ya no existen.

Además, el miedo y desconocimiento han provocado la cacería directa de ejemplares, ya sea en represalia por atacar animales domésticos, o bien, por su piel y colmillos. Aunado a estas tragedias, la gente sigue cazando a las presas del jaguar, lo que hace que éstos se queden sin comida en la naturaleza y tengan que atacar animales domésticos.

La situación es grave. Se estima que en México quedan menos de 5,000 jaguares en vida libre.

Para disminuir las amenazas que enfrentan los jaguares, y en general la naturaleza, debemos conocerla. Necesitamos difundir el conocimiento. Esperamos que esta obra contribuya a que la gente del campo, que son quienes coexisten (aún) con los jaguares, se informen. Que, a través de niños y jóvenes, este conocimiento llegue a muchas manos, a muchas mentes, a muchos corazones, y que cambie el miedo por respeto, el coraje por admiración, la cacería por protección.



JANIS Y LOS JAGUARES DEL MANGLAR

se terminó de imprimir en
noviembre de 2019 en los talleres de

ORGÁNICA EDITORES
Enrique Díaz de León 514-2b,
Col. Moderna, Guadalajara 44170, Jalisco, México.

El tiraje constó de 500 ejemplares.



Sirva esta obra infantil para motivar a la niñez de los pueblos que habitan en los manglares y las marismas de Nayarit, y de otras partes de México, para que amen profundamente sus recursos naturales, los valoren y los defiendan. Pero también para sus padres y abuelos ya que nunca, nunca es tarde para empezar...

Este libro incluye 42 ilustraciones basadas en una historia real, una historia de investigación científica llevada a cabo por un grupo de personas comprometidas y amantes de la naturaleza.

Síguenos la huella en:
www.facebook.com/JaguaresSinProteccion



ISBN 978-607-8482-39-9

